

ARQUEO MEDITERRÀNIA
9/2006

**De les comunitats locals als estats arcaics:
la formació de les societats complexes a la costa
del Mediterrani occidental**

Homenatge a Miquel Cura

Actes de la III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell
(Calafell, 25 al 27 de novembre de 2004)

Maria Carme Belarte (ICREA/ICAC)
Joan Sanmartí (UB)
(editors científics)

ÀREA D'ARQUEOLOGIA - UNIVERSITAT DE BARCELONA
INSTITUT CATALÀ D'ARQUEOLOGIA CLÀSSICA

Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos de la fachada mediterránea central

Carmen Aranegui Gascó*
Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez**

1. Introducción

La investigación ha tendido a otorgar un papel preponderante a las civilizaciones mediterráneas, y especialmente a los fenicios y a los griegos, al explicar el surgimiento de la cultura ibérica, aunque con ritmos y pulsaciones diversas según los momentos. Así, durante los últimos 30 años, al valorarse los elementos culturales fenicios al norte del río Segura y hasta el sur de Francia, se ha tenido la sensación de compensar el componente griego, considerado esencial en los años anteriores, invirtiendo a la vez la dirección del proceso cultural en la geografía ibérica. En este contexto intelectual el interlocutor indígena no queda al margen pues su contacto con la civilización se toma como antecedente de la cultura ibérica. Para explicar su inicio los modelos antropológicos de la aculturación tuvieron una extraordinaria acogida entre los investigadores, de modo que la aparición de lo ibérico fue, fundamentalmente, el resultado de una aculturación indígena. Hitos historiográficos de sobra conocidos fueron el V Simposio de Protohistoria Peninsular (1969) o el Congreso Internacional sobre *Els Orígens del Món Ibèric* (1976-1978): en ellos se definían los rasgos específicos de la cultura ibérica en cada zona, resaltando la presencia de importaciones mediterráneas en manos indígenas, testimonio de cómo se había operado la aculturación en tanto que exponente arqueológico de la llegada de nuevas poblaciones, ideas o novedades técnicas.

Este coloquio sugiere reflexionar sobre el Ibérico Antiguo que entendemos, sin duda, como un periodo de contacto y de cambio cultural. Nuestra aportación pretende tomar en consideración algunos modelos surgidos en los últimos años a partir de un cuerpo teórico que se desprende de muchas consideraciones colonialistas o que piensa el colonialismo desde otros puntos de vista. Sobre todo porque, así lo vemos, abre nuevas perspectivas a un debate que en muchos aspectos estaba en un callejón sin salida.

Porque la validez o no de un paradigma consiste en que sea capaz de estimular la reflexión y de hacer avanzar el conocimiento, vamos a proponer un enfoque de los problemas distinto. Y así, superadas las tesis invasionista y colonial, la

aculturación pasiva y la aculturación activa, cuestionados la etnogénesis y el planteamiento materialista, parece conveniente ensayar desde otros supuestos el comienzo de lo que llamamos ibérico. ¿Por qué surge aquello que convenimos en denominar cultura ibérica? ¿aparece la cultura ibérica? ¿qué contenido le otorgamos? ¿es homogénea y sincrónica o, por el contrario, está fragmentada? ¿qué grupos y con qué estrategias participan en su configuración? Todas estas son preguntas formuladas desde antiguo con respuestas diferentes que retomaremos en este trabajo.

Trataremos el tema en dos apartados. El primero quiere entender el Ibérico Antiguo como el resultado –y, al mismo tiempo, el punto de partida– de un fenómeno de contacto cultural, y en él se esbozan las directrices teóricas que adoptamos para conceptualizarlo, que también exigen replantear otros términos relevantes como cultura y sociedad, poco atendidos por los iberistas que centran desproporcionadamente su atención en el estudio tipológico. El segundo apartado asume estas directrices para exponer que la cultura ibérica no es un ente homogéneo ni tampoco es un cuerpo dado o heredado –ninguna cultura lo es–, sino un proceso de acción e interacción continuo, una dialéctica social, y que presenta características diferentes según diversos ámbitos geográficos y sociales. Para ello se describen modelos arqueológicos concretos de cronología comprendida entre los ss. VIII y IV a.C.

2. Ibérico Antiguo como categoría conceptual

Antes de definir el Ibérico Antiguo veamos casos particulares que expongan hechos sociales relativos a grupos que entran en contacto con gente de una cultura diferente a la suya, a la luz de las tesis del postcolonialismo.

Las tendencias globalizadoras en las trayectorias históricas han sido abanderadas por las perspectivas de los sistemas mundiales (Braudel, 1986), cuyo interés radica fundamentalmente en analizar los desarrollos de esferas económico-políticas interrelacionadas (denominadas centros, periferias y semiperiferias) en lapsos temporales amplios, y que contaron con notables y conocidas aplicaciones durante los años 80 y 90 (Rowlands, 1987; Brun, 1987; Frankenstein, 1997; Aubet, 1990 y 1994; Cunliffe, 1993, Sanmartí, 2004, etc.). La crítica a los sistemas mundo se basa en la imposibilidad de demostrar la existencia durante

* Universitat de València

** SIP. Diputación de Valencia

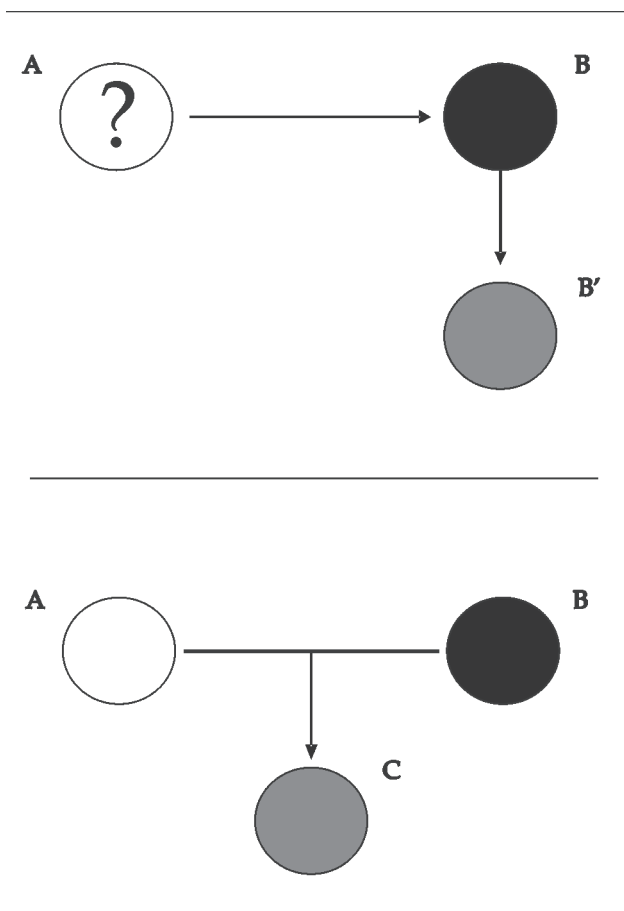


Figura 1. Aculturación y unidireccionalidad.

la Antigüedad de un sistema realmente integrado, ya sea política o económicamente, en el que el desarrollo o, por el contrario, la decadencia, afectan proporcionalmente al conjunto de los que en él se inscriben, así como en que adolecen con frecuencia de una falta de enfoque local, dado que privilegian la *longue durée* sesgada favorablemente hacia los estados hegemónicos. Ello todavía es más acusado en quienes siguen más de cerca la obra de Wallerstein que, además, incurre en anacronismos en las interpretaciones de los intercambios económicos del mundo antiguo en términos modernos, más bien determinados por relaciones y vínculos sociales (un repaso crítico en Stein, 1999; Dietler, 1998, 295; Gosden, 2004, 7). Frente a las ‘grandes narrativas’, como los sistemas mundo, el postmodernismo y, en su caso, la microhistoria (Levi, 1985), pretenden sacar a la luz historias a menor escala. En esta línea, el horizonte de lo particular y de la agencia local en los encuentros culturales han preocupado durante los últimos años a algunos antropólogos (Cusick, 1998; Dietler, 1995 y 1998; Thomas, 1991; Gosden, 2004), junto a los que se sitúa la arqueología postcolonial (van Dommelen, 1997; Rowlands, 1998; Gosden, 2001).

En lo relativo a este estudio y al título de este epígrafe, observamos que durante las últimas décadas el paradigma para explicar el origen de la cultura ibérica partía de una visión difusionista y evolucionista. O bien (fig. 1, arriba) el

encuentro entre dos bloques culturales (que representamos como A y B)¹ daba como resultado la transformación unilateral, la aculturación, de uno de ellos. En este caso nuestro indígena (el bloque B) pasaba a ser ibérico (bloque B’), mientras que el foráneo (el bloque A) desaparecía de las explicaciones y de la historia. O bien ambos bloques, de nuevo A y B, al interactuar, daban como resultado C (fig. 1, abajo): entidad de color gris que remite a ambos aunque mantiene la unidireccionalidad de la aculturación.

Ante tal situación veamos las razones para plantear otro discurso:

- Ambas interpretaciones toman un punto de vista colonialista. Así, paradójicamente, el Ibérico Antiguo se entiende sólo a partir de la llegada de grupos foráneos que activan un proceso de cambio cultural. Los indígenas tienen poco que decir y hacer, puesto que el mecanismo activado lleva irremediablemente a la evolución cultural a través de la aculturación unidireccional de la sociedad indígena.
- Utilizan conceptos duales dependientes del binarismo y de una noción holística y esencialista de las culturas y la sociedad, entes monolíticos que chocan y presentan el contacto cultural en términos absolutos. En cambio, como veremos, la estructura social debe ser entendida de otra manera.
- Sólo existe una historia, lineal y evolutiva, y no hay lugar para la pluralidad de reacciones ante los encuentros históricos.
- La aculturación unidireccional va de la mano de las interpretaciones evolucionistas en términos de la recepción de culturas superiores: la utilización acrítica de los conceptos de helenización y romanización responde a este esquema, del que se deriva también la iberización, término que merece un análisis crítico más detallado.

En efecto, los dos esquemas presentados muestran claramente qué se entendía por iberización durante los años 60 y 70. Helenizarse o romanizarse es integrarse gradualmente en una civilización ajena más potente de acuerdo con un fenómeno de aculturación. Sin embargo se usó, y se usa, iberización e iberizarse como sinónimos de la aparición de la cultura ibérica, precisamente cuando se interpretaba que ésta llegaba ya formada y siguiendo un recorrido de sur a norte de modo que, en primera instancia, iberización no explica nada ya que es sólo mera descripción. Además, las analogías con argumentos colonialistas son claras y, por otra parte, entender la aculturación de los grupos indígenas unidireccionalmente refuerza, paradójicamente, estas lecturas. A lo largo de los años 80 y 90 la iberización se ha seguido leyendo como la suma de elementos foráneos sobre un “sustrato” local (el uso de la palabra “sustrato” muestra

¹ Los colores de éste y de los siguientes esquemas no son casuales. Los utilizamos a modo de metáfora, ya que el blanco y el negro son referencias del discurso colonial por excelencia. La combinación de ambos, cuyo resultado es la gama del gris, tampoco está exenta de referencias al mestizaje y la hibridación y es una situación intermedia en la esfera de la ambigüedad desde una perspectiva postcolonialista.

nuevamente la idea esencialista de las culturas como capas que se superponen unas a otras, pero nunca se mezclan) cuyo papel es siempre pasivo: adoptan, recogen, asimilan o reciben el *impacto* de lo foráneo. Así surge el presentismo, que identifica el precedente en términos del consecuente, ya que desde el Bronce Final o Hierro Antiguo se identifican los grupos humanos de la Península como si respondieran a los citados en las fuentes. Todos estos son, creemos, argumentos convincentes para dejar definitivamente a un lado el término iberización. Y ello sin tener en cuenta el mayor de los problemas que arrastra: implica el hecho de que el ibero se aculture a sí mismo, de modo que los indígenas se iberizaban *avant la lettre*.

Esbozada la situación, nuestra propuesta para entender de otra manera el Ibérico Antiguo parte de la teoría postcolonial aplicada al estudio de la Antigüedad. El concepto postcolonial se inscribe en una corriente que remite a los nuevos planteamientos surgidos en la segunda mitad del s. XX a raíz de los procesos de descolonización. Los llamados estudios postcoloniales se desarrollaron básicamente desde los años 80 a partir del ensayo de Said *Orientalism* (publicado en 1978; Said, 2003) en el que se pone de manifiesto el modo en que Occidente (mejor sería decir Europa) ha conseguido representar lo no occidental (mejor lo no europeo), a través de un discurso colonial que muestra claramente los vínculos entre el poder y el conocimiento. Sus puntos de vista pronto se extendieron a otras disciplinas de las ciencias sociales, en parte, por la potencialidad para explicar muchas situaciones del mundo actual. Así, el prefijo post añadido al término colonial no sólo tiene un significado cronológico –en cuanto indica su surgimiento a partir de la descolonización, aunque es evidente que ello no significa el fin de las actitudes colonialistas– sino también epistemológico, pues expresa otra forma de ver las prácticas coloniales (Ashcroft et alii, 1998; van Dommelen, 1998, 25). La “condición postcolonial” pone el acento en el hecho de que el colonialismo, en cuanto contacto cultural, no es una construcción metahistórica única sino que es un conjunto rico de fenómenos específicos e históricamente diversificados (Dirks, 1992, 12).

Como una alternativa para interpretar los hechos coloniales, y de contacto cultural en definitiva, la teoría postcolonial acentúa esta dimensión local y, en ella, las actitudes y sistemas de valores de los grupos implicados, la capacidad (por parte de cualquiera de ellos) de ser protagonista de su propia historia, de moldear y construir el mundo en el que viven. Se pretende así que las nociones de producción e intercambio económico a gran escala den paso a otras complementarias, como el consumo (Dietler, 1998) o el papel de lo simbólico (Godelier, 1996), definidos sobre todo en términos sociales más que económicos, o como las relaciones entre las personas y las cosas (Appadurai, 1986; Thomas, 1991; Gosden, 2004). Es en este punto donde el postcolonialismo presenta su orientación más comprometida con la línea postprocesual: dar voz a los llamados subalternos (en el sentido acuñado por Gramsci) que ejemplifican los silenciados de los discursos académicos.

Los análisis postcoloniales, en la onda postprocesual, matizan los conceptos establecidos de sociedad o cultura

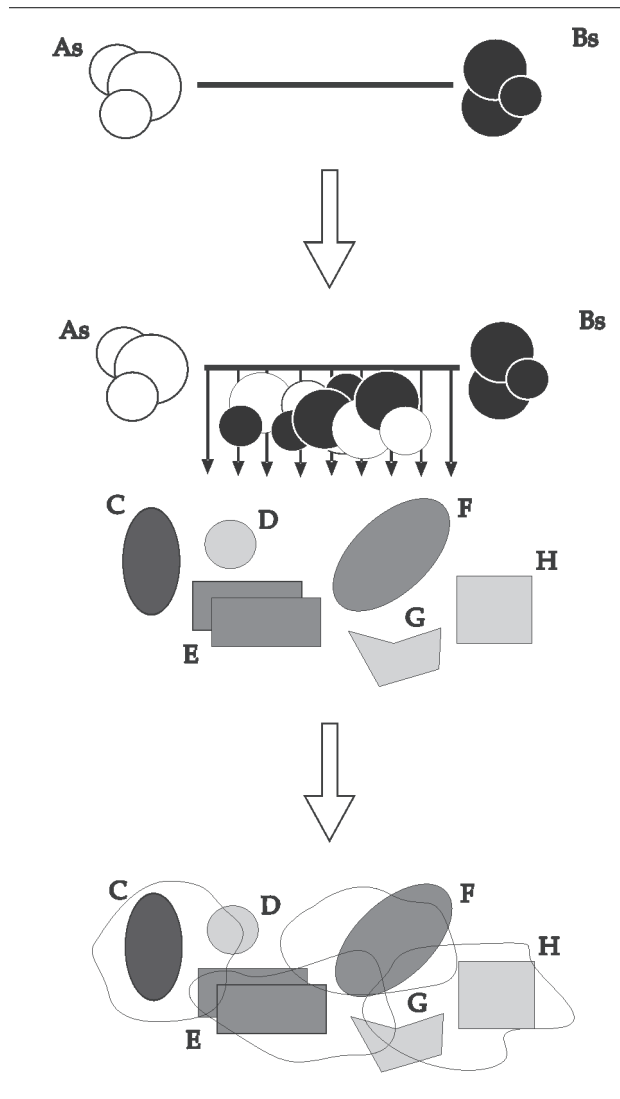


Figura 2. Respuestas plurales y cambio cultural.

entendidos como estructuras autónomas, homogéneas o un cuerpo simbólico compartido. La cultura se entiende como una práctica social (Bourdieu, 1980; Wolf, 1987) que, según las estrategias puestas en marcha por los grupos humanos, es cambiante, contradictoria, dinámica. No determina las acciones, y esto es el punto clave para entender cómo y por qué surgen nuevas formas culturales: la cultura está sujeta a negociación y redefinición, y dado que la praxis es central en la vida social es imprescindible adoptar un marco teórico social que, en nuestro caso, viene definido por la teoría de la práctica de Bourdieu (1980 y 1994).

Así, esta lectura del contacto cultural se muestra en las tres secuencias de la figura 2. En primer lugar, de acuerdo con los parámetros sociales y culturales postprocesuales, los bloques culturales que antes hemos denominado A y B se diversifican, hay muchos As y muchos Bs, según los grupos sociales que protagonizan el encuentro y porque no todos sus miembros se ven igualmente afectados. Y de hecho, la división social más relevante no es entre A y B (entre fenicios

e indígenas, por ejemplo) sino que responde a los segmentos de estatus, género, edad, grupo u otras. En consecuencia, y en segundo lugar, el contacto no es uno sino varios según la situación de cada grupo en el campo social, de ahí la multiplicidad de líneas y la presencia de los grupos As y Bs en ellas. Desde el contacto surgen formas culturales que denominamos a partir de C; estas formas tampoco son únicas sino múltiples, en forma, extensión y color y están constituidas socialmente por relaciones, no por sí mismas.²

Desde el postcolonialismo, el contacto cultural genera hibridación cultural, un concepto clave desde los años 80. Bhabha argumenta que, en contra de la lectura binaria que establece el discurso colonial, nunca unos conceptos son opuestos respecto a otros, por lo que reclama un lugar para la plurivalencia, término aplicado al discurso que nos ocupa para señalar la extrema complejidad de la relación entre los grupos en un encuentro. En la teoría postcolonial se emplea el término *mimicry* para describir la relación ambivalente entre colonizador y colonizado que muestra la insurgencia del último, pues se reproduce como «almost the same, but not quite» –casi lo mismo, pero no lo suficientemente igual– (Bhabha, 1994, 86). Sin embargo, el rasgo inherente a la imitación no es su resistencia sino el modo en que continuamente sugiere una identidad –o también una práctica– *igual pero no lo suficiente* a la del colonizador.

En consecuencia, en el discurso colonial están implicados tanto los colonizadores como los colonizados, generando procesos definidos mediante el concepto de hibridación –«hybridisation»–. Bhabha lo entiende como la creación de nuevas formas transculturales que pueden adquirir aspectos variados: en el campo de la cultura –¡cultura como una estructura híbrida!–, de la política, de la sociedad, de la lingüística, etc. La diferencia cultural nunca es simple ni estática sino ambivalente, cambiante y abierta a muchas interpretaciones (Bhabha, 1994, 36); es, en definitiva, el espacio de la hibridación: «claims to inherent originality or purity of cultures are untenable, even before we resort to empirical historical instances that demonstrate their hybridity». Es la misma tesis de fondo que la defendida por Said o Wolfy es una puntualización relevante para mantener la validez de este concepto en Arqueología porque todo encuentro cultural está protagonizado por grupos o individuos (no entraremos en el debate sobre los protagonistas de la Historia) que ponen en marcha estrategias y procesos activos de construcción de identidades (Gosden, 2004; van Dommelen, 2000 y 2006).

Hablar de identidades significa que el contacto cultural está protagonizado por personas, sus prácticas y acciones, y no por las culturas en sentido abstracto. Por ello la cultura material no lleva implícitos rasgos étnicos o identitarios fijos. El cambio cultural viene determinado por las prácticas de los grupos implicados, por las estrategias en el marco, en este caso, de una situación de contacto cultural, y no están

determinadas culturalmente (Jones, 1997). La expresión de la identidad a través de la cultura material está ligada a las disposiciones estructurales del *habitus* (Bourdieu, 1980) y su configuración variará según los diferentes contextos sociales y en relación con diversos modos de interacción social. La adopción de determinados rasgos de valor arqueológico puede variar, como expresión y negociación de la identidad, entre diversos grupos socioculturales y en el seno de estos grupos, pues la utilizan para reproducir y/o transformar relaciones sociales (Jones, 1997, 140).

3. Los ibéricos antiguos de la fachada mediterránea central

Ibérico Antiguo como herramienta temporal

Para pasar de estas directrices teóricas a casos concretos debemos definir el marco espacio-temporal que nos ocupa, en este caso el actual País Valenciano entre los ss. VI y IV a.C. En esta horquilla cronológica la investigación acuerda situar un cambio cultural apreciable en las pautas de ocupación del territorio, con horizontes de creación, destrucción o abandono de asentamientos, asociados a cerámicas que dan las coordenadas para fechar el periodo –y que no están exentas de ser cuestionadas, aunque en un margen muy concreto–. Estamos hablando, para el sur valenciano, por ejemplo, del abandono de la Fonteta (Guardamar del Segura) o Peña Negra (Crevillente) (González Prats, 1998) y de la fundación del Oral (San Fulgencio) (Abad, Sala, 1993); pero también, para el norte y centro, de cambios en el Puig de la Nau (Benicarló) (Oliver, Gusi, 1995), en los Villares (Caudete de las Fuentes) (Mata, 1991), en Sagunt (Araneui, 2004b) o en el Tossal de Sant Miquel (Llíria) (Bonet, 1995). En este panorama no consideramos culturalmente relevante la presencia de un objeto o clase de objetos si no se acompaña de otros indicios de un cambio cultural o de una práctica social novedosa. Nos referimos, por poner un ejemplo clásico, a la cerámica a torno cuando llega a un contexto de cerámica a mano que no modifica ni su estructura social ni las prácticas asociadas; otra cosa sería si se contara con datos que la asociaran a un cambio social (deducible, por ejemplo, de su uso y función).

Insistimos, ante todo, en la variabilidad de las trayectorias regionales vinculadas a los cambios culturales, y de ahí el empleo del plural en este epígrafe. Por ello, explicitar qué entendemos por ibérico como cultura, y específicamente por Ibérico Antiguo como cambio cultural, es tan relevante aquí.

Para analizar estas diversas trayectorias partimos de la consideración en el ámbito de estudio de dos contextos locales que responden de modo diferente al contacto cultural con grupos fenicios entre los ss. VIII-VI a.C. Seleccionando intercambios y enterramientos como ámbitos de análisis arqueológico significativos –evidentemente, cualquier otro campo podría igualmente haber sido tomado en consideración– examinaremos la naturaleza y las razones de la emergencia de la diversidad de los ibéricos antiguos valencianos en términos de hibridación.

² De nuevo unas referencias a los colores: hay muchos grises en ellas, no sólo uno; igualmente debería haber muchos negros y blancos pero eso es imposible. En conclusión, negros y blancos son categorías teóricas de partida; son “comunidades imaginadas” (Stoler, 1989, 137) construidas socialmente.

Fenómenos de intercambio y manifestaciones funerarias en los ss. VIII-VI a.C.

Durante el periodo del Bronce Final/Hierro Antiguo entre el Ebro y el Segura se producen transformaciones en la sociedad indígena que se concretan en dos facies, al menos, culturales y socioeconómicas con indicios de reparto desigual de los recursos y objetos (González Prats, 1992a), pero además en los valles del Vinalopó y Segura emergen rasgos jerárquicos, acumulación de poder y, posiblemente, control del excedente de producción como deja ver el mismo tesoro de Villena. Lo más relevante es que el ámbito meridional entra activamente en las redes de intercambio atlántico-mediterráneo, como ya se señalara a la vista de la metalurgia de Peña Negra (González Prats, 1992b, González Prats, Ruiz-Gálvez, 1989). Toda el área –las principales vías de comunicación fluvial y la costa– está, sin embargo, controlada por la población indígena (Vives-Ferrándiz, 2005, 180). Dada esta situación, los fenicios tienen que relacionarse con grupos con un desarrollo interno avanzado para asentarse y los comerciantes fenicios pueden aprovechar su capacidad organizativa y técnica, adecuada para proporcionarles un flujo de bienes determinado (Aubet, 1994; Ruiz-Gálvez, 1998).

El punto decisivo de este encuentro cultural es, pues, la existencia al sur de un ámbito de intercambios y colonia –o presencia permanente fenicia–, y al norte intercambios sin colonias –presencia esporádica fenicia– (Vives-Ferrándiz, 2005, 167), trayectorias históricas que deben ser examinadas en tanto que preceden la aparición de lo ibérico.

En el sur, la arqueología identifica una dinámica de creación y abandono de yacimientos desde finales del s. VIII, como Caramoro II (Elx), el Tabaià (Asp), los Saladares (Orihuela), Peña Negra, Hacienda Botella (Elx), Cabeço de l'Estany o Fonteta (Guardamar del Segura), entre otros (fig. 3). El concepto clave aquí es el de la intensidad de los contactos con los fenicios, expresada en materiales procedentes de yacimientos ocupados desde el Bronce Final –como los Saladares o Peña Negra– que por falta de espacio no detallamos.

Sí nos interesa destacar un conjunto de piezas de Peña Negra de la primera mitad del s. VI a.C. Unas tinajas de producción local combinan diversos elementos tipológicos, fácilmente identificables si son individualizados (fig. 4). Aunque la forma general del envase es la de las tinajas fenicias, si se observa en detalle salta a la vista una mayor complejidad en su composición. La carena y la disposición de las asas son similares a las ánforas fenicias, mientras que las asas, geminadas, encuentran su paralelo en las tinajas *pithoi*. Pero, por otra parte, las tapaderas y la introducción de las orejetas como mecanismo de cierre remiten, en parte, a rasgos de las píxides griegas y a una peculiaridad local, constituyendo, además, uno de los ejemplos más antiguos de las llamadas urnas de orejetas ibéricas. Por último, la decoración de los vasos ofrece motivos típicos de las producciones fenicias (bandas y filetes horizontales) y también otros nuevos (como las cabelleras, que constituyen un patrón decorativo típicamente ibérico). También se pueden traer a discusión los platos de

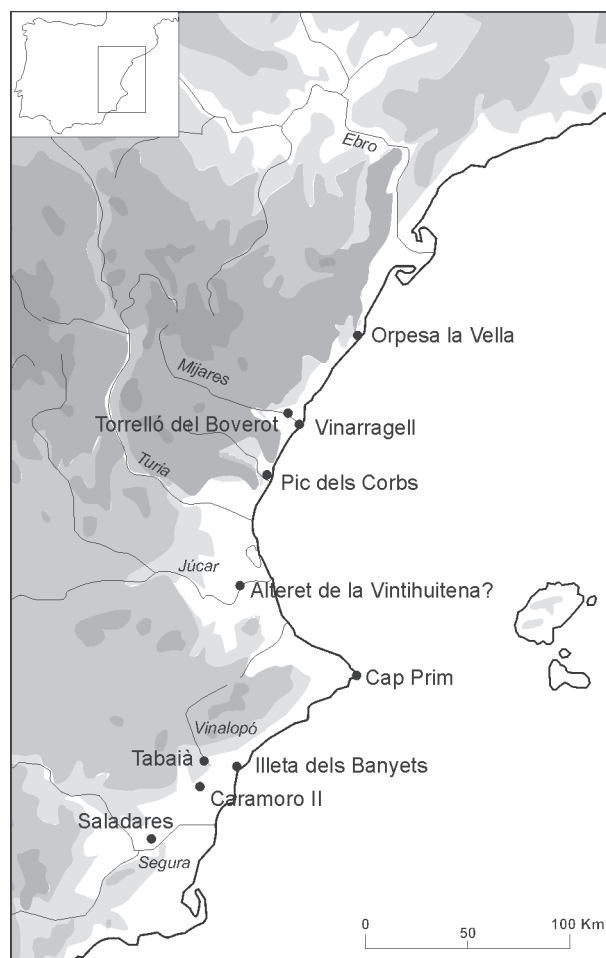


Figura 3. Asentamientos indígenas del Bronce Final situados en la costa y en las principales vías de comunicación fluvial.

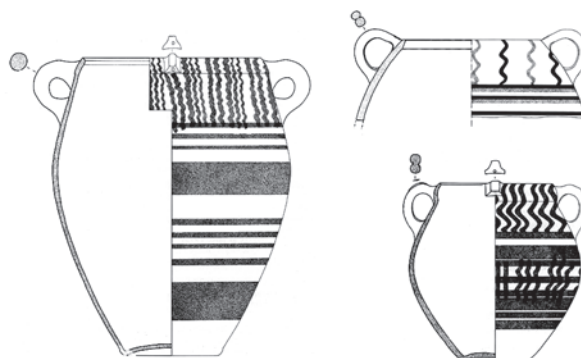


Figura 4. Hibridación cultural en tinajas de Peña Negra (dibujos de González Prats, 1985).

pocillo profundo y ala ancha (fig. 5). Están hechos a torno, aunque con diversos tipos de pastas y tratamientos en sus superficies, y enlazan tipológicamente con los platos de ala de engobe rojo. Ahora bien, hay en ellos tantos parámetros nuevos –pie, borde, decoración– que aparecen como nuevas creaciones, y no como imitaciones, a pesar de que remiten a formas coloniales. En los dos ejemplos propuestos se pueden identificar rasgos tipológicos fenicios, griegos o indígenas

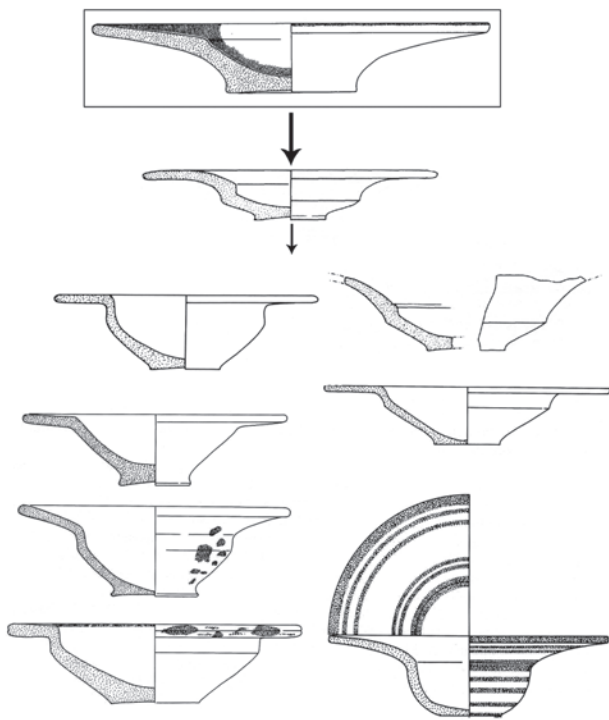


Figura 5. Platos de pocillo profundo de Peña Negra. En el recuadro, su precedente formal: el plato de ala ancha de engobe rojo (elaboración propia a partir de González Prats, 1982 y 1985).

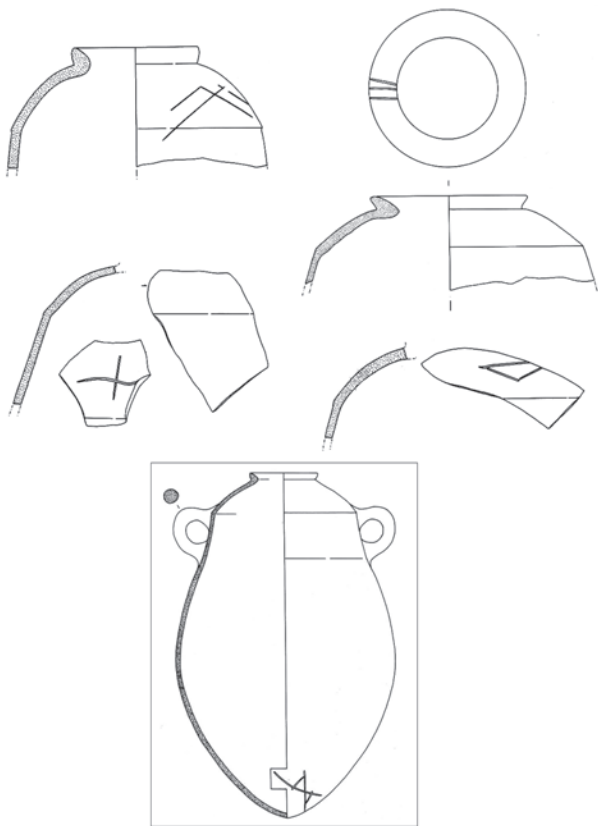


Figura 6. Marcas sobre ánforas de Peña Negra (elaboración propia a partir de González Prats, 1982).

que, sin embargo, pasan a constituir algo distinto pues son objeto de una transformación cultural que entendemos en términos de hibridación.

En paralelo podemos valorar numerosas estampillas y grafitos en ánforas de producción local de Peña Negra, el Monastil (Elda) y Sierra de Camara, testimonio de una nueva modalidad de intercambio. Bien conocidas en la bibliografía especializada, su enumeración y descripción detallada (fig. 6) no son aquí necesarias (una síntesis de ello en Vives-Ferrándiz, 2005, 129). Denotan interés por controlar la producción, marcando lotes o señalando contenidos; indican en definitiva una cooperación económica entre diversos sectores que implica, por otra parte, la competición con otros grupos del entorno. Sólo así se puede entender la concentración de hallazgos con marcas diversas, signos en ánforas y sus diferencias formales en un ámbito relativamente reducido.

Muestra de la complejidad social y de los diferentes sectores sociales implicados es la coexistencia de materiales locales e importados con grafitos en escritura fenicia y, posiblemente, en alfabeto ibérico meridional (identificado por de Hoz, v. González Prats, 1983, con el correspondiente problema cronológico, ya que el signario ibérico, salvo en este caso, parece no utilizarse antes del s. V a.C., o, incluso del IV). Ello habla a favor de grupos diversos (o, al menos, grupos que usan distintas lenguas) en convivencia estrecha en un mismo espacio, lo que no implica negar el conflicto o la dinámica de relaciones de poder entre ellos. Éstos, sin duda, se produjeron, pero no necesariamente entre fenicios e indígenas.

Para analizar las relaciones de poder y las ideologías expresadas conviene hacer referencia al contexto funerario del ámbito meridional como contrapunto al contexto productivo y doméstico.

Les Casetes (la Vila Joiosa) es una necrópolis de incineración con materiales que oscilan entre el s. VII y la primera mitad del s. VI a.C. Las tumbas son de tipología variada; hay desde hoyos o fosas simples rectangulares de distintas dimensiones, en ocasiones con señalizaciones, hasta encachados tumulares o cámaras funerarias. En las tumbas 17 y 18, las únicas que han sido publicadas hasta el momento (García Gandía, 2003; García Gandía, Padró, 2002-2003), los restos incinerados se depositan directamente sobre el suelo, sin recipiente alguno a modo de urna. Las tumbas en fosa rectangular o pseudorectangular difieren claramente de las incineraciones del Bronce Final local, como son las más antiguas de les Moreres, y se alejan también de otras tumbas etiquetadas de fenicias, como algunas arcaicas de Ibiza. Pero, en cambio, presentan una cubrición tumular que sí encontramos en las necrópolis del Bronce Final. Los objetos del ajuar son también significativos por ser poco frecuentes en el medio local, de manera que su deposición se relaciona con su excepcionalidad (broches de cinturón o quemaperfumes de bronce, armas o una botella de año nuevo de fayenza egipcia). Se da, así, un caso de ambivalencia de una situación colonial y de hibridación porque diversos elementos culturales se combinan para dar forma a un nuevo contexto que no remite con claridad a ninguno de los precedentes; es, por

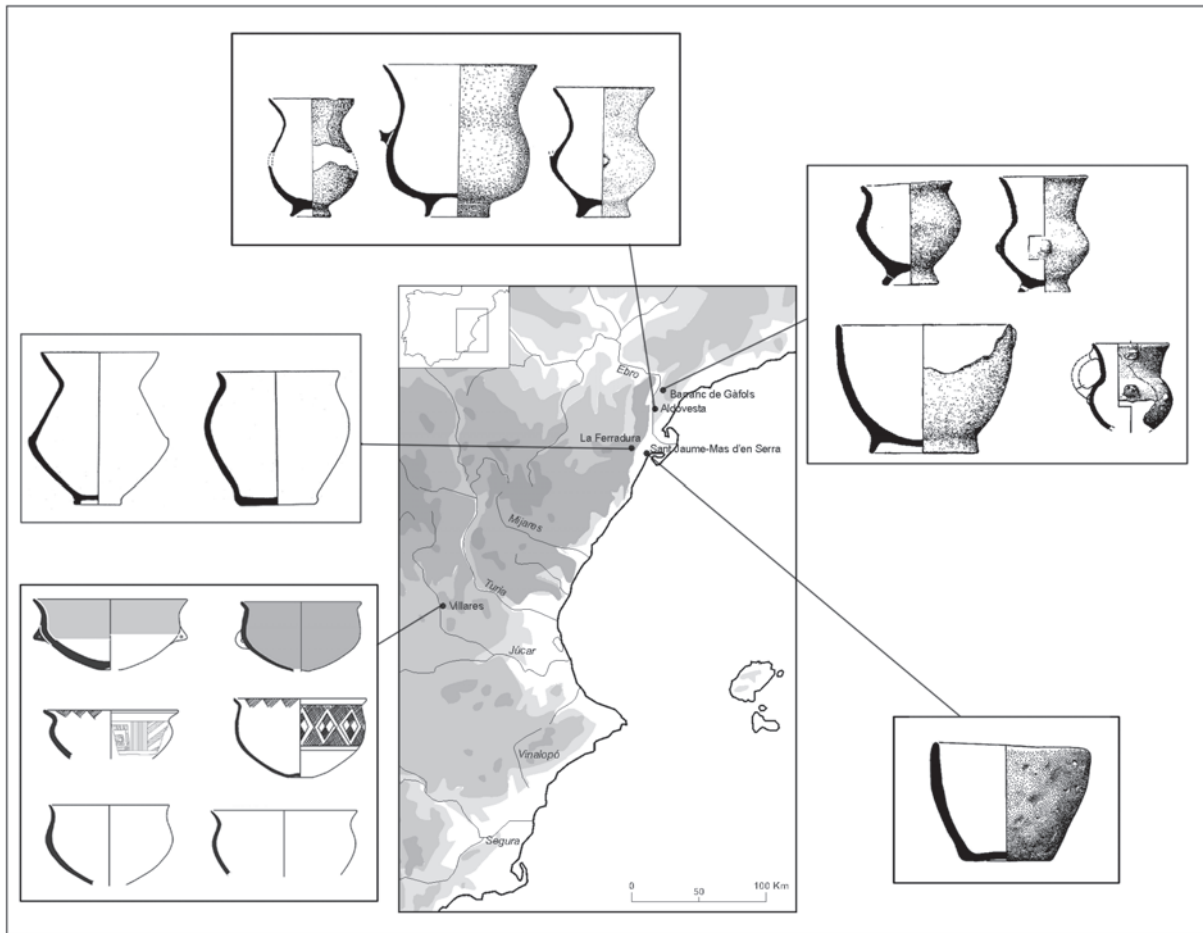


Figura 7. Copas a mano de diversos asentamientos del ámbito septentrional. Barranc de Gàfols, San Jaume, los Villares, Aldovesta y la Ferradura (elaboración propia a partir de Sanmartí *et alii*, 2000; Garcia i Rubert y Gracia, 2002; Mascort *et alii*, 1991; Maluquer, 1983).

tanto, un nuevo espacio con nuevos significados. Ahora bien, la interpretación de estas prácticas funerarias debe ponerse en relación con la época en la que se producen, cuatro o cinco generaciones después de la llegada fenicia a este área, cuando la estructura social ya acusa transformaciones sustanciales, no sólo por el flujo de población nueva de diversos ámbitos sociales, sino también por su interacción con grupos indígenas, también heterogéneos, generando procesos de hibridación cultural. Podríamos considerar los Casetes como muestra de una tradición inventada (Hobsbawm, Ranger, 1983) en cuanto práctica distintiva para dar cohesión a un grupo social en un entorno hibridado. No sólo convenía marcar diferencias sociales, sino que era el momento de hacerlo y la necrópolis se convierte en un espacio de promoción social para los nuevos grupos surgidos de la interacción colonial. Se trata quizá de los precedentes de los que más tarde constituirán las «aristocracias ibéricas», de modo que la invención de la tradición tiene su continuidad en algunas tumbas más tardías como la necrópolis del Molar o algunas de Cabezo Lucero (Vives-Ferrándiz, 2005, 221).

Se utiliza, pues, ideológicamente la necrópolis para construir las identidades en una sociedad en que era conve-

niente que las jerarquías fueran mostradas de manera más intensa, más ostentosa y con inversión de esfuerzo evidente. Pero al formar parte de la propia estructura colonial la ideología que transmiten es, paradójicamente, híbrida, porque ellos mismos eran ya grupos culturalmente híbridos.

El área septentrional es un ámbito de intercambio sin presencia permanente fenicia. Las importaciones son aquí muy concretas: principalmente ánforas, tinajas o vasos tipo Cruz del Negro y otros de funcionalidad específica como los trípodas. Entre esta selección predomina el ánfora que, en ocasiones, llena auténticos almacenes en la trama constructiva de los asentamientos indígenas. Las pautas de comportamiento que establece el consumo convivial, y especialmente el papel de las bebidas alcohólicas, justifican la selección de las importaciones en beneficio de los grupos indígenas que gestionan los intercambios externos, cuyas relaciones de poder están en curso de renegociación. Así, las estancias con un elevado volumen de ánforas importadas son la expresión palpable de un capital simbólico como forma de dominación y poder. Son ejemplos, en el Ebro, las identificadas en Aldovesta o Sant Jaume-Mas d'En Serrà; y en el Millars, el Torrelló del Boverot (Mascort *et alii*, 1991; Garcia i Rubert,

Gracia, 2002; Clausell, 2002), todos ellos diferentes, sin embargo, al caso de Benimaquia (Dénia) (Gómez Bellard, Guérin, 1994) perteneciente al área meridional y con indicios de producción de vino. Las prácticas implicadas en la redistribución y ostentación de los objetos fenicios suponen la acumulación de bienes materiales con que construir la naturalización de la desigualdad social. Por tanto el almacén de ánforas fenicias es el exponente de un capital económico que permite poner en marcha una doble estrategia: ofrecer la expresión simbólica de quién es interlocutor de los intercambios y, a la vez, constituir una fuente de deudas sociales.

Junto a los espacios de almacenamiento (Aranegui, 2004a, 113-132) conviene destacar otros en los que se celebran ceremonias, durante las que se consumen bebidas y comidas, para construir la red de relaciones sociales, que no está dada *per se*. Ejemplos como el departamento 7 de la Moleta del Remei, los departamentos 1, 2 y 3 de Barranc de Gàfols y el asentamiento del Turó del Calvari (Gracia, Munilla, 1993; Sanmartí *et alii*, 2000; Bea *et alii*, 2002) permiten identificar ritos de institucionalización en estrecha relación con las contadas importaciones, que también están vinculadas a los valores indígenas. En este sentido, abordar la cuestión del recipiente para beber abre otras perspectivas relacionadas con la categorización de las importaciones fenicias en el ámbito local. Lo identificamos entre las piezas del servicio indígena a mano, porque el panorama de copas importadas es extremadamente limitado. Aunque se trata de piezas de tipología variable según los yacimientos, todas ellas destacan por su cuidado tratamiento de superficies bruñidas o alisadas e incluso a veces decoradas. Diversos contextos (Aldovesta, la Ferradura, Gàfols, Sant Jaume o Villares) (fig. 7) apuntan la asociación de importaciones fenicias y copas indígenas en las prácticas de bebida. Y, puesto que las importaciones indican interés por su obtención, entendemos que la demanda de aquellas no se ajusta a una mayor o menor disponibilidad de stocks sino a la lógica impuesta por la política de los grupos que los controlan; en otras palabras, la demanda es selectiva y discriminatoria: indica la selección de bienes de consumo concretos (productos alimenticios) y el rechazo de otros (vajilla de mesa u otros). Desde estas perspectivas, hay que valorar específicamente la capacidad de las elites indígenas para utilizar nuevas relaciones comerciales susceptibles de aportar nuevos signos de prestigio (Vives-Ferrándiz, 2005, 201).

Las prácticas híbridas también son perceptibles en este ámbito porque el uso de copas a mano para beber vino –quizás aromatizado con sustancias machacadas en los trípodes– enlaza con el pasado indígena, que ya conocía las bebidas alcohólicas y su potencial social. Los puentes con el pasado son necesarios porque otorgan la idea de tradición y disimulan los cambios sociales y formales a los que estos grupos se quieren abrir. Lo nuevo unido a lo tradicional indica una conjunción en lo ritual propia de una labor ideológica de naturalización de la dominación.

Además, ejemplos como el Turó del Calvari (Bea *et alii*, 2002) o el Coll del Moro (Rafel, 1991), son híbridos no sólo por las cerámicas (algunas piezas combinan elementos

indígenas y fenicios), sino también por el uso del habitáculo, como el mismo espacio arquitectónico del primer caso, que es una nueva creación vinculada a rituales sociales de consumo.

Fenómenos de intercambio y manifestaciones funerarias en los ss. VI-V a.C.

Está arqueológicamente comprobada la ruptura que separa el inicio de las culturas ibéricas de las distintas facies del Hierro Antiguo peninsular o, en su caso, del final de la Edad del Bronce. Muchos de los establecimientos ocupados permanentemente por los fenicios en los ss. VIII-VII a.C. fueron abandonados al inicio del s. VI, mientras se creaban nuevos enclaves en sus proximidades, siendo uno de los mejor estudiados en el Baix Segura el del Oral, muy cerca de Fonteta/Rábita y con apenas un siglo de duración. También se destruyen o decrecen en importancia algunos lugares del área con presencia esporádica colonial abiertos al intercambio, como el Torrelló del Boverot o Vinarragell, después de lo cual se reconstruyen a la vez que emergen otras poblaciones estratégicamente ubicadas, tanto en el litoral, como Arse/Sagunt, como en regiones interiores, como Kelin/Villares, entre otras. Estos datos dan a entender que en un momento dado se produjeron hechos que cambiaron la dinámica de poblamiento de todo el territorio valenciano, uno de cuyos exponentes fue la consolidación de centros llamados a ser lugares centrales u *oppida* ibéricos en los ss. V o IV a.C.

Esta segunda etapa de nuestro estudio comprende pues un tiempo en el que se establecen nuevas reglas de convivencia entre interlocutores que ya habían entrado en contacto previamente, aunque a ellos se suman otros nuevos, en áreas cuyos recursos y valores estratégicos también habían sido descubiertos con anterioridad. Sin embargo se percibe ahora una situación distinta en la que destaca, por una parte, la multiplicación de los protagonistas que entran en juego (descendientes de los fenicios occidentales, colonizadores griegos, indígenas ajenos a los primeros contactos coloniales, indígenas en contacto con grupos mediterráneos y continentales...) y, por otra, la fuerza con que se afirman determinadas elites locales frente a quienes previamente habían detentado los elementos de prestigio. Se inaugura, por tanto, a mediados del s. VI a.C. el periodo de los primeros *oppida* y de los príncipes aristocráticos que convenimos en llamar iberos a pesar de saber que este término abarca situaciones no uniformes.

Proponemos, en primer lugar, una visión de los intercambios comerciales con mayor protagonismo del elemento indígena en detrimento del elemento colonial, partiendo del ejemplo de la carta comercial hallada en Emporion (Sanmartí, Santiago, 1988, 100-102; Sanmartí, 1991, 16-18), datada en la época que nos interesa. El texto dialectal jonio ha sido atribuido a un comerciante que se dirige desde fuera de Emporion a su socio radicado en esta ciudad para decirle que debe ir a Saígantha para realizar una operación relacionada con vino, que concierne a los emporitanos, en la que interviene un tal Basped(as), presuntamente de origen



Figura 8. Planta general de las excavaciones en el Grau Vell.

saigantheo, que ha comprado un barco y se dedica a remolcar naves³. Este nombre personal corresponde a un ibero con capacidad, según el texto, para almacenar mercancías, para transportarlas y para remolcar naves. La interpretación del papel de este personaje no ha merecido más comentario que el de su etnia aunque nosotros lo entendemos como un interlocutor necesario para entablar negociaciones con el medio ibérico donde, por consiguiente, aparece con mayor autonomía que en el s. VII a.C. la figura del agente comercial indígena/aristócrata al que tienen que recurrir los emporitanos para obtener los bienes en los que está basado su comercio. Advertiríamos, de este modo, una situación de mayor afirmación ibérica con respecto al período precedente viendo en ello una razón, entre otras, de la destrucción de los primeros almacenes de ánforas y, por otra parte, fijaríamos nuestra atención en que la carta nombra a los saigantheos, de modo que la población indígena también es considerada en la transacción, cosa impensable desde la perspectiva colonialista que desconoce procesos territoriales y de relación vigentes entre las sociedades indígenas, explícitamente mencionadas en esta carta.

Reforzando esta hipótesis veremos otro ejemplo que se manifiesta en el Grau Vell de Sagunt⁴ donde aparece a mediados del s. VI a.C. una aglomeración permanente junto al mar (fig. 8) cuya actividad comercial, así como su conexión con el *oppidum* arsetano, resultan indudables dadas las pautas de ocupación y gestión del territorio de la época. Cuando se constituye este núcleo Arse todavía no tiene una muralla propiamente dicha (Rouillard, 1982, 215-216) pese a que destaca por su extensión sobre las demás localidades del Baix Palància (Martí, 1998). Se dota, en consecuencia, no de un almacén sino de un emporio en la línea de la costa por el que circulan principalmente productos ibéricos en concurrencia con otros del área del Estrecho, de Ibiza o bien de Massalia-Emporion (Bonet *et alii*, 2004), lo que da a entender que también personas de diversas procedencias frecuentarían esta escala portuaria e interactuarían con los artesanos. El balance de este tráfico es diferente al de los almacenes del período anterior, por ser más plural, más estable, con mayor porcentaje de bienes locales o regionales y controlado básicamente por una ciudad ibérica sobre la que recaería el poder y el valor simbólico generado por los intercambios.

Es de suponer que tales ciudades destacasen sobre otras que quedarían bajo su órbita económico-social, ampliándose

³ El texto conservado dice así: [...] de forma que estés en Saígantha, y si [...] con los emporitanos, pero no con los de fuera (?) [...] no menos de veinte, y vino no menos de diez [...] que lo ha comprado el saigantheo Basped... [...] (un barco) adecuado para la navegación costera incluso hasta [...] qué es lo que hay que hacer [...] y pide a Basped... que te remolque [...] preguntar si hay alguien para remolcar hasta [...] el nuestro. Y, si hubiese dos, que los envíe a los dos [...] pero que el (responsable?) sea él. Y si él mismo quisiera [...] que vaya a medias. Pero, si no (está de acuerdo?) [...] que ... y que me comunique por carta por cuánto [...] lo más pronto que pueda [...]. (Esas) son mis instrucciones. Salud.

⁴ No deseamos cuestionar aquí la deducción Saígantha-Saguntum, que nos parece poco probable.



Figura 9. Frente oeste de la muralla de la Bastida de les Alcusses.



Figura 10. Plancha de plomo escrita hallada en el Grau Vell.

el tejido de contactos a nivel regional y apareciendo nuevos signos de ostentación entre los que cabe destacar las murallas con elementos monumentales que, en esta zona, no se constatan antes de la segunda mitad del s. V (fig. 9). De alguna manera ciertos *oppida* vienen a ejercer el papel que previamente habían desempeñado las ciudades coloniales en el sur o los almacenes en asentamientos indígenas en el norte, mientras que núcleos de segundo y tercer orden se incorporan a través de aquéllos a la red de intercambios y desarrollan otro grado de estructuras de acumulación o almacenamiento. Es fundamental reconocer el paso de la ostentación individual a la colectiva. La Illeta dels Banyets de Campello, el Cerro

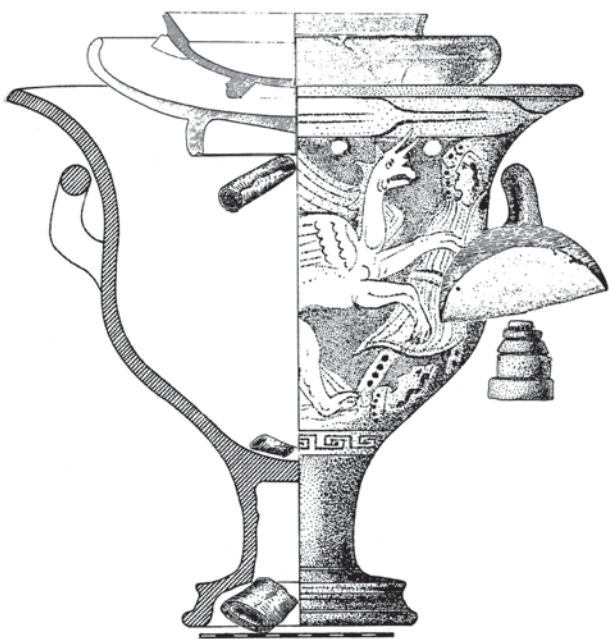


Figura 11. Ajuar de la tumba II de la necrópolis de l'Orleyl (según Lázaro et alii, 1981).



Figura 12. Urnas de orejetas de las necrópolis de Altea la Vella (Museo de Prehistoria de Valencia).

de las Balsas/la Albufereta, la Alcúdia d'Elx/la Pícola (Badie et alii, 2000), podrían constituir otros tantos exponentes de este fenómeno, adaptados a trayectorias diversificadas o, en cualquier caso, no idénticas, pero entre las que se repite la puesta en valor de emplazamientos con salida al mar controlados por los iberos y, en algún caso, la producción local de envases de transporte (López Seguí, 1997, 221-250).

En este ambiente en el que está presente la escritura (griega, púnica...) surgen los plomos inscritos en ibérico de los que uno, fragmentado, ha aparecido en el Grau Vell (fig. 10), en un nivel con materiales de los ss. V y principios del IV a.C., cuyo comentario se adjunta al final de este artículo. Además de suponer la apropiación por parte de la sociedad ibérica de un sistema avanzado de comunicación introducido por los focenses, con frecuencia relacionado con el comercio (Panosa, 1999), no cabe duda de que entre las

elites iberas la escritura confiere prestigio y así se entiende que en algunas necrópolis, como Orleyl (Lázaro et alii, 1981), plomos inscritos sean depositados en la tumba de un probable comerciante (fig. 11) a comienzos del s. IV, del mismo modo que dan prestigio los objetos importados, las armas y los instrumentos del hilado y tejido que muestran una sociedad en vías de crear sus sistemas de autorepresentación e identidad con exponentes de muy distinto significado y tradición.

En cuanto a las manifestaciones funerarias más antiguas llama la atención la discontinuidad geográfica con que se presentan, tal vez exagerada por el uso moderno del suelo en las extensas áreas de albuferas, de muy difícil prospección arqueológica⁵. Pero, al margen de la probable destrucción de sus restos, no puede negarse la concentración de necrópolis en determinados parajes y su escasez en otros. Entre Guardamar del Segura y Altea; entre el Castellar de Oliva y Gandía, entre Azuébar y Gátova y al sur de la desembocadura del Ebro se concentra el 90% de las necrópolis con urnas de orejetas (López Bravo, 2001, 49-64) del arco ibérico central, urna que no homóloga los usos funerarios pero que es buen exponente de la fusión de elementos culturales (fig. 12), y son los extremos sur y norte de esta geografía los que acaparan más hallazgos, sin que ello sea accidental porque también en la etapa precedente habían sido las zonas más activas en contactos coloniales y comerciales, respectivamente, donde a su vez se generan cementerios –susceptibles de una lectura arqueológica⁶– privativos de las capas sociales que se han beneficiado de ello. En ambas zonas las primeras manifestaciones funerarias que denominamos ibéricas no van más allá de mediados del s. VI a.C., como se desprende tanto del estudio del Molar (Peña, 2003) como de Mianes (Esteve, 1999).

La relación tumba / afirmación identitaria se traduce en una determinada ritualización del espacio funerario y en las ceremonias de la muerte que, selectivamente, comportan en el Ibérico Antiguo hábitos de cohesión social con consumo de alimentos y bebidas (Monraval, López, 1984, 145-162) con empleo de servicios cerámicos áticos, en un ambiente que denota violencia simbólica –se multiplica el armamento en los ajuares– e inestabilidad social, pues de otro modo no habría tantas destrucciones y abandonos en las necrópolis aludidas, asociadas aparentemente a la jefatura de un hábitat, a su vez inestable. En esta etapa el máximo exponente individual jerárquico, por encima de la casa, es la tumba.

El caso del enterramiento 75 de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) (Aranegui et alii, 1993, 241-245), datado cuando se inicia esta necrópolis hacia el 490-460 a.C., da a conocer la práctica de deposición simultánea de los restos incinerados de un hombre y una mujer, con antecedentes en la

⁵ La reciente excavación de salvamento en La Vital (Gandía) ha dado a conocer tumbas con urnas de orejetas e importaciones áticas en un área llana, sin indicios arqueológicos previos de esta cronología. Agradecemos a Consuelo Mata y Guillem Pérez esta información.

⁶ No todos los rituales funerarios dejan huellas sobre el suelo. Se acepta, así, que lo que llamamos necrópolis no responde más que a un sector de la población ibérica. Cuando se dispone de datos anatómicos, la muestra de grupos de edad y género ratifica esta afirmación.

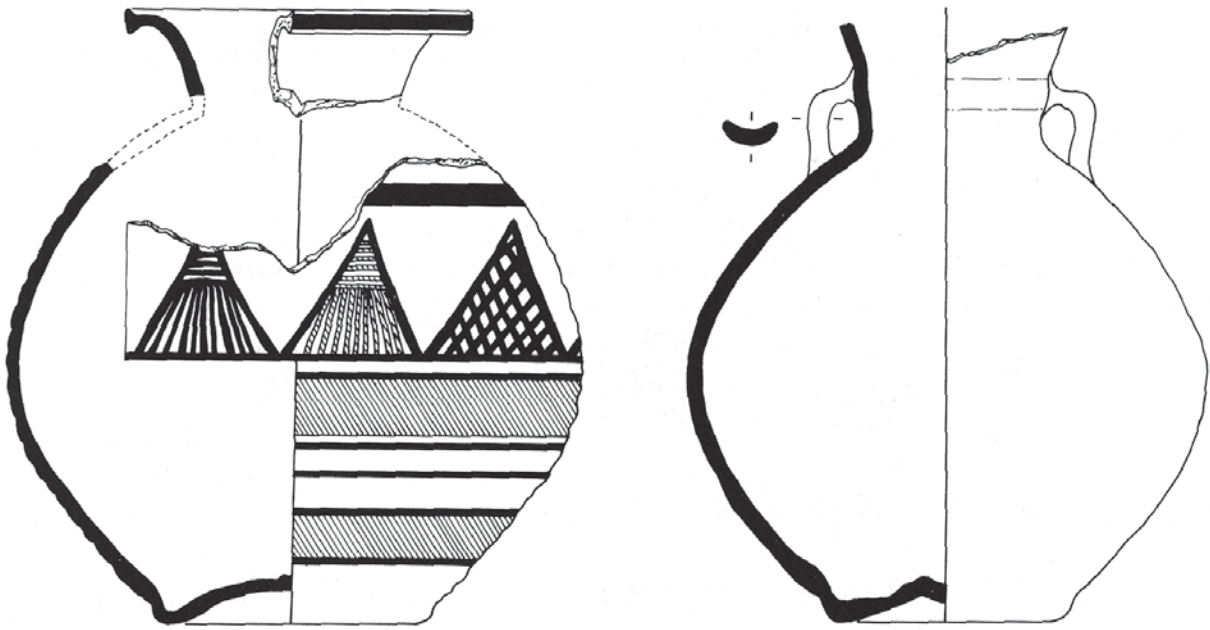


Figura 13. Urnas del punto 75 de la necrópolis de Cabezo Lucero (según Aranegui *et alii*, 1993).

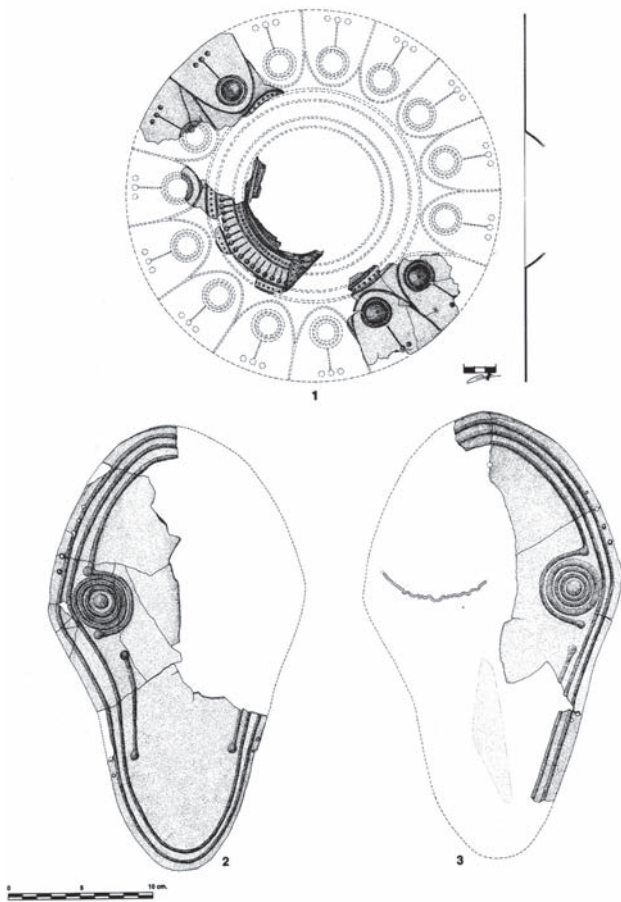


Figura 14. Panoplia de bronce procedente del punto 75 de la necrópolis de Cabezo Lucero (según Aranegui *et alii*, 1993).

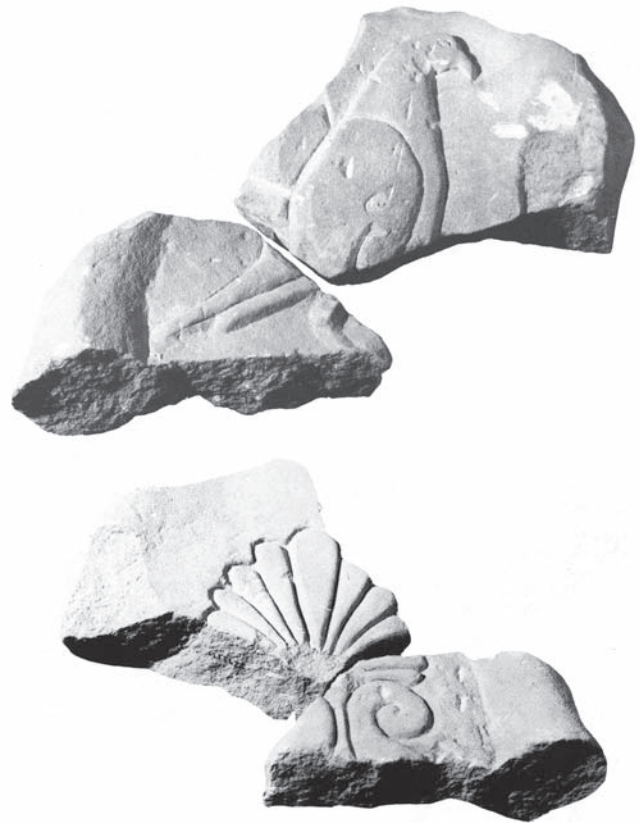


Figura 15. Anverso y reverso de una placa de caliza de la necrópolis de Cabezo Lucero (según Aranegui *et alii*, 1993).

necrópolis tartésica de Setefilla (Lora del Río) (Aubet et alii, 1996, 145-169), así como el uso de urnas de clara tradición orientalizante tartésica (fig. 13), una de ellas muy parecida a la de una tumba de los Higuerones de Cástulo (Blanco, 1963, 43-56). Pero junto a esos significantes, concordantes en su procedencia cultural, aparece una lecitó ática del estilo de figuras negras propia, entre los griegos, de la *prothesis* previa a la inhumación y que aquí aparece, sin embargo, quemada, como una ofrenda sacada de contexto arrojada a la pira. Por su parte, el ajuar metálico contiene, de bronce, un par de grebas y el umbo de una caetra (fig. 14), con decoración, una fíbula anular, y varios elementos de lanzas de hierro. Las cnémides o grebas (Quesada, 1997, 583-590; Farnié, Quesada, 2005, 207 y ss.), tienen un interés muy particular por su singularidad y porque su tipología repite la de piezas de la Solivella, Mas de Mussols, Can Canyís y, con dudas, de Oliva, la Oriola, Granja Soley y Llinars del Vallès, así como de otras localidades del Languedoc, todo lo cual avala su arraigo en el área septentrional ibérica e incluye en este conjunto la hibridación con que se construye la identidad cultural en uno de los ajuares que inaugura una nueva necrópolis.

Con algunas reservas, pues su recuperación tuvo lugar al oeste del punto propiamente dicho, pueden asociarse a la tumba 75 de Cabezo Lucero algunos fragmentos de placas de caliza amarillenta, de entre 0,10 y 0,22 m, con relieves en los que aparecen una pata de animal y parte de una palmeta (CL I 82. Z5 S34), la pezuña de un ungulado con el arranque de un elemento floral, palmeta o loto, (CL I 82. Z5 S34 bis), la pata de un animal con un nervio marcado (CL I 82. Z5 S34 ter) y dos fragmentos de una lápida esculpida en bajorrelieve por las dos caras, con un ave parada en la anterior y una palmeta en la posterior (CL I 82, Z5 S46) (fig. 15), interpretada en su momento como un tímpano colocado entre las patas de un toro estante. La naturaleza de este hallazgo no es ni la de un elemento de un grupo escultórico en bulto redondo ni la de un revestimiento arquitectónico propiamente dicho, por la delgadez del soporte. Una nueva propuesta para atribuir la función de estos relieves es considerarlos partes de una caja funeraria como las que se constatan en la Bastetania y asimismo en el Molar (Almagro, 1982, 249-258; Monraval, 1992), con representaciones en sus diversas superficies. La mejor conservada es la caja de Villargordo (Chapa, 1985, lám. VIII) que, probablemente, es también la de mayor tamaño (0,88 x 0,66 x 0,43 m, frente a los 0,28 x 0,20 m de la del Molar); en efecto, la tapa de Villargordo puede hacer comprensible el remate en forma anatómica de los fragmentos de Cabezo Lucero donde la existencia de una pieza decorada por ambas caras plantea, sin embargo, alguna dificultad de lectura como caja funeraria, ya que o bien la tapa o un lateral tendrían anverso y reverso en su tratamiento ornamental. La temática decorativa que nos ocupa, con la combinación de un ave de presa, cuadrúpedos ungulados –interpretados forzosamente en la publicación como toros cuando la delgadez de sus extremidades apunta más bien hacia caballos– y palmetas, remite a motivos simbólicos también presentes en Cerrillo Blanco.

La primera plástica monumental, en el Cerrillo Blanco de Porcuna (Negueruela, 1990, fig. 16 y 24) y en Elx

(Ramos, 1966, 149-153), incorpora la representación de guerreros con grebas en escenas de batallas entre iberos. Puesto que la panoplia es una manifestación más de la cultura, estas protecciones pueden contener una alusión étnica que, a su vez, orienta sobre la naturaleza de un conflicto interno cuya narración perdurará a lo largo de todo el ciclo ibérico (Aranegui, 2004c, 229-238). Pese a que las grebas de bronce en concreto desaparecen de los ajuares funerarios mediterráneos al final del s. V (y de buena parte del arte ibérico de los periodos pleno y tardío), los *realia* y, después, su representación, muestran un contexto específico entre los iberos.

Los elementos de prestigio de la aristocracia ibérica combinan, así, distintas tradiciones, conscientes, a nuestro juicio, de su procedencia, aunque con un cambio en su significado.

4. El Ibérico Antiguo como hibridación cultural: un punto de partida más que una conclusión

El periodo Ibérico Antiguo es una trayectoria histórica múltiple a partir de fenómenos de contacto cultural por lo que es preferible pensarlo en plural. En todos los casos, hablar de ibérico es identificar a los grupos indígenas y otorgarles un papel relevante en las transformaciones culturales, al mismo tiempo que se acepta la presencia colonial fenicia o griega y otros diversos contactos. Los procesos no son estáticos sino continuos –otra cosa es que sean más o menos perceptibles– de modo que si las sociedades o culturas están en constante construcción, deconstrucción y reconstrucción el concepto de su «origen» o «génesis» pierde su sentido.

Lo culturalmente ibérico, al producirse, modifica los elementos de que se compone. Así, ni lo indígena ni lo foráneo pueden leerse independientemente porque desde su puesta en contacto contribuyen recíprocamente a la creación de formas culturales nuevas, abiertas a la multidireccionalidad. Ahora bien, las aportaciones quedarán delimitadas y matizadas por el poder y situación de cada grupo social (Gosden, 2001; Shanks, 2001). Debatir, por ejemplo, si los sujetos de estudio son fenicios o indígenas, o fenicios ‘indigenizados’, o indígenas ‘fenicizados’, no tiene sentido. Después de dos siglos largos de contactos ciertos grupos eran tan híbridos cultural y físicamente que la categorización colonial/indígena no sólo es extraordinariamente difícil de reconocer sino que, además, no tiene sentido puesto que no se trata de dos modelos independientes.

La distinción entre norte y sur para identificar las formas de contacto e interacción entre indígenas y extranjeros comienza a perderse a partir del Ibérico Antiguo porque éste no está necesariamente relacionado con la instalación permanente de grupos foráneos sino con sus consecuencias, que se observan con carácter generalizado aunque no sincrónico. El denominador común entre ambas áreas es el fenómeno de hibridación cultural que abre una perspectiva diferente para evaluar la construcción de las identidades.

Así, durante el Ibérico Antiguo identificamos referencias a los precedentes culturales, bajo múltiples formas, materiales o inmateriales (la forma de una vasija, la práctica

de un rito funerario, el modo de consumir bebidas alcohólicas, la elección de un signo de ostentación). Es el conjunto de prácticas sociales lo que conforma la(s) cultura(s) que llamamos ibérica(s), escenario donde se expresa la dinámica social y las diferencias dominantes-dominados. En este punto la conexión con las ideas marxistas es evidente ya que los hábitos son la expresión activa de la producción de la vida social (Lull, 2005, 24).

También la percepción de los objetos y su significación son híbridos (la vajilla ática tiene usos específicos ibéricos, las grebas significan contactos con el área septentrional...). Con ello, además, se supera el binarismo colonial/indígena y se entra a valorar la extraordinaria variedad de identidades intermedias; esto es, “entre medio” de estereotipos que no son operativos dos siglos después de la llegada fenicia. Lo importante es poner el acento en las prácticas con que se estructuró socialmente este nuevo mundo, ejemplificadas en este trabajo en unas cerámicas o en unas tumbas. De este modo, en el Orca las identidades se construyen a través de la ambivalencia y la hibridación, lo mismo sucede en necrópolis como el Molar y, por qué no, en algunas tumbas de les Casetes. En cuanto expresiones identitarias de poder, no tiene sentido plantear el debate en términos de orientalización o indigenización. La cultura ibérica no es una entidad analítica abstracta que determina las acciones; tampoco está dada, sino que se compone de acciones y prácticas en constante (re)producción. Por ello, no debemos esperar a localizar iberos con comportamientos específicos a partir de un “resultado definitivo” del proceso de aculturación (Sala, 2004, 72).

En definitiva, la cultura ibérica parte de un fenómeno en el que se comparte el protagonismo, de modo que ni en el sur ni en el norte se puede afirmar que sea un proceso totalmente indígena. En cambio, la dinámica social y cultural

tiene más que ver con las relaciones de poder y su despliegue (Wolf, 1999). Por ello, es necesario plantear si tuvieron éxito o no los mecanismos de invención de la tradición de grupos aristocráticos y, con ellos, la institucionalización y naturalización de diferencias sociales (Vives-Ferrándiz, 2005, 220). En el norte es difícil establecer con claridad hasta qué punto no intervienen los grupos externos en los procesos de cambio cultural pero en el sur tan ibérico es un indígena como un fenicio (en términos absolutos). En ambos casos se han transformado creativamente los contextos y se han formulado nuevos hábitos que suponen la cultura ibérica. Ésta, pues, no es un legado que se hereda o se comparte, sino el resultado de procesos de organización social.

Todas estas perspectivas ofrecen otras lecturas del cambio cultural en relación con los fenómenos coloniales y rompen la noción de una única trayectoria lineal en la historia. No queremos que nuestra lectura se tome en términos de un pensamiento globalizador en el que acecha el peligro de la homogeneización cultural. Al contrario, identificar el Ibérico Antiguo con fenómenos de hibridación no es una conclusión en sí misma (van Dommelen, 2006) sino que establece un punto de partida diferente para entender los contextos locales desde puntos de vista que asuman que las identidades son múltiples (Maalouf, 1998), fruto de uniones o alianzas mixtas. Al menos de entrada, porque otra cosa es que los grupos ibéricos construyen y acentúan determinadas identidades para justificar y manipular relaciones sociales porque aquéllas están constituidas, fundamentalmente, por relaciones de poder.

Finalmente, al asumir que la hibridación cultural es continua y que no puede ser acotada, podemos considerar también la aparición del periodo Ibérico Pleno o Ibérico Final, o la romanización –como quiera que los definamos– en términos de hibridación como vías de estudio futuras.

Anexo. Comentario grafemático y lingüístico al plomo ibérico de Grau Vell

Xaverio Ballester⁷

El texto está redactado en la variante usual de la escritura ibérica levantina (o nordoriental) aunque con alguna peculiaridad que abajo se reseñará.

Para la lectura del documento resultaría decisivo el poder determinar si el texto está íntegro. Grafemática y lingüísticamente al menos hay indicios de que el texto podía continuar por la parte derecha del documento, si bien probablemente sólo en unas pocas letras. Al respecto uno de los testimonios significativos sería la primera forma de la primera línea, de la que se leen sin dificultad las dos primeras letras IU. A continuación en el lugar donde se esperaría la siguiente letra la pieza presenta una fractura vertical, siendo dudosamente legible una \underline{N} (\mathcal{N}), suponiendo siempre que el hasta principal coincidiera con la dicha fractura. También de difícil lectura sería el siguiente signo que, también siempre muy hipotéticamente, podría ser Ti. De suerte que el texto quedaría IUN \underline{T} i, forma que evidentemente recuerda mucho a los numerosos IUMSTi \check{R} , IU[N]STi \check{R} , IU[N]ŠTi \check{R} y demás, así como al grecoibérico IUNTEGEN. Es de notar el mayor espaciado de esta forma respecto al de las líneas sucesivas, lo que sugiere la posibilidad de que se tratara de una especie de encabezamiento.

En la segunda línea el primer signo es claramente legible: Co (\mathcal{X}). El segundo signo podría tratarse de una Ti, si bien a esta posibilidad obstan la no perceptibilidad del hasta inferior vertical y su trazo redondeado, que contrasta con las otras Ti (Ψ), segura o posibles, del documento. Queda, pues, abierta la posibilidad de que se trate de un signo para Ce, grafema que, como es sabido, es uno de los que presentan mayor alografía –quizá incluso la mayor– en las escrituras ibérica levantina y celtibérica. La figura es, en efecto, similar al del alógrafo ζ , sólo que la barrita transversal se halla en la parte baja y en orientación casi vertical, de ahí que pudiera también interpretarse como la céntrica barrita vertical de Ψ . Por otra parte, no faltarían paralelos para este alógrafo, cual un CeLSECiTe en un vaso de Alloza (Siles 1985: 163) con una Ce bien similar. Ahora bien, ni Co \underline{T} i ni sobre todo CoCe ofrecen buenos paralelos en ibérico y aquí, sin embargo, uno u otro debe de constituir la secuencia quizá no íntegra pero sí final de una palabra, ya que a la última letra le sigue una clara interpunción conformada, como es lo usual, por puntos –aquí en concreto tres– verticales.

La siguiente secuencia deja leerse como CuTu \check{R} . De representar, en efecto, una \check{R} el tercer signo ofrecería la notabilísima particularidad –quizá justificable por un intento de acomodarse al espacio disponible– de presentarse invertido respecto a la habitual orientación de *globito* (\mathcal{Q}), ya que la línea recta aparece sobre el círculo y no debajo. Correspondería a CuTu \check{R} además el llamativo paralelo del conocidísimo CuTu \check{R} de una copa de Liria y de otros documentos, si bien, como vemos, con diferente vibrante.

La III línea podría interpretarse como SiCu \underline{I} Ce. El cuarto

signo es de lectura muy problemática, aparentemente podría tratarse de un Ti, pero presentaría un módulo muchísimo menor que el de los otros Ti del documento y además sería seguido ¿redundantemente? por una I. Aunque con trazos menos horizontales, el signo se asemeja al signo meridional y sinistrorso $\langle \mathcal{H} \rangle$. A la posibilidad de que se trate del signo para la sibilante \mathcal{S} parcialmente conservado se opone la circunstancia de que sólo tres letras antes se ha utilizado la variante *serpentina* (\mathcal{S}) de tres trazos, siendo así que, a diferencia de lo que sucede con el grafema para Ce y unos pocos otros, para S no suele ser habitual tanta oscilación alográfica en un mismo documento. En cuanto al último signo, este aparece en la conocida variedad alográfica ζ , muy familiar a tantos arqueoiberistas por ser la documentada en el bronce de Luzaga. La forma resultante constituye uno de los aspectos interesantes de este plomito, ya que su posible raíz *sik– podría remitir –digamos– íntimamente al mundo ibérico. En efecto, ibéricos y de esa misma raíz podrían ser los nombres de los ríos *Sec*, *Segre*, *Segura*, *Sigan* o *Sigean* y *Siagne* en Occitania, también el del *Xúquer* (probablemente antiguo *Sicoris*), que apuntan a una raíz *sik– (eventualmente ampliada *sik–ur–), asimismo potencialmente documentada en ibérico (SICeBoNEŠ, SICE \underline{T} uNIN, SICO \underline{U} NIN, y aún quizá en un grecoibérico ŠIKIDAKOIŠIEU/IG). Está además la cuestión del probable carácter ibérico de [al menos el nombre de] los sicanos (¡sic–!), puesto que, al referirse a la emigración de estos a Sicilia (o Sicania), Dionisio de Halicarnaso (1,2,2; similitér Tucídides 6,2,2) los define como ‘raza ibérica’ (γένος Ἰβηρικόν). Están además los citados topónimos occitanos de *Sigan* o *Sigean* y *Siagne* ya señalados por Domingo Fletcher (1960: 22s), lo que tampoco debe sorprendernos, una vez que siguiendo literalmente a Estrabón (3,4,19) cabe suponer que Iberia se extendía hasta el Ródano. En cualquier caso, de ser ibérica tal raíz *sik–, esta con muy pocas dudas tendría un significado igual o cercano al de ‘río’.

La siguiente línea consta de cinco grafemas, de los cuales sólo resultan claros tres: CaN \underline{T} i. Tras el último signo parece leerse otra interpunción asimismo de tres puntos. Este es otro de los indicios que apuntan a alguna continuación del texto por la parte derecha, ya que la puntuación en final de línea es insólita en las escrituras arqueoibéricas. El tercer signo, borrosísimo, sólo nos sugiere Ti (Ψ), Tu (Δ), \check{R} (Φ) o incluso la siempre posible Ba (I). La opción con la vibrante \check{R} debe ser rechazada por motivos fonotácticos, ya que una secuencia como –N \check{R} T– ni está documentada en la escritura ibérica ni parece compatible con la fonotaxis ibérica. Para la lectura Ti habría un obstáculo grafemático y es la gran diferencia en módulo y trazado con la mucho mayor y más angular indudable Ti sucesiva (Ψ). El último signo de esta línea es problemático, ya que no se deja parangonar con ningún otro conocido en el supuesto, como parece, de que no se haya perdido ningún trazo.

Una quinta línea, de módulo menor y como comprimido, resulta visible, siendo en ella legibles con dificultad los signos UN \underline{I} precedidos a su vez por el espacio correspondiente al menos a un signo y seguidos del espacio correspondiente a uno, pero personalmente no encontramos razones para dirimir si las pocas raspaduras corresponden a efectivos restos de trazos gráficos o bien son producto del natural deterioro o roces de la pieza. Especialmente opaco es el segundo de los signos perceptibles y

7 Catedrático de Filología Latina - Universitat de València

que aquí hemos transcrito como \underline{N} (\mathcal{N}), si bien podría también representar \underline{C}_i (\mathcal{C}) o asimismo \underline{I} (\mathcal{I}), en cuyo caso el siguiente signo sería más bien una \underline{N} (ergo \underline{UIN}), sólo que con tal lectura se conformaría entonces una secuencia fonotácticamente rara para lo que hoy sabemos del ibérico.

Por tanto, este primero texto quedaría:

\underline{IUNTi}
 $\underline{CoCe} : \underline{CuTuR}$
 $\underline{SiCu_ICe}$
 $\underline{CaN_Ti_}$
 $\underline{_UNI}$

Bajo una línea recta se enmarca un segundo texto. En la primera línea puede leerse $\underline{UNTiCoTe}$, siendo, como notamos, apenas legible el último signo, que parece empero una \underline{Te} y similar a la que aparecerá dos líneas más abajo. Una secuencia final $\underline{-Te}$, como es sabido, resulta por lo demás un elemento –muy probablemente un formante– bien reconocido en la lengua ibérica y sobre el que se han emitido diversas hipótesis. Acaso convenga mencionar al menos la última que nos es conocida, la de Javier Velaza (2002), quien, tras descartar el valor de dativo propuesto por otros autores, interpreta el elemento en cuestión como una desinencia de agente. En cuanto al resto la forma se deja comparar bien con la conocida leyenda monetar $\underline{UNTiCeScEN}$ y con $\underline{UNTiCoRiS}$; más remotamente corresponde mencionar otra leyenda monetar leída habitualmente $\underline{ONTiCeZ}$ y también habitualmente asignada al ámbito hispanocéltico.

En la siguiente línea leeríamos \underline{CoLCi} , pues el tercer signo, en efecto, más parece una \underline{L} (\mathcal{L}) que una \underline{I} (\mathcal{I}), mientras que \underline{Co} sería sólo parcialmente legible. No conocemos paralelos para la apuntada posible secuencia.

La última línea del documento presentaría la singularidad de que los dos o quizá los tres primeros signos habrían sido reescritos parcial o totalmente: \underline{TeNU} , a lo que siguen otros dos signos siendo quizá \underline{N} (\mathcal{N}) o bien \underline{A} (\mathcal{P}) el primero de ellos. El primer signo ofrece no ya dos (\otimes) sino cuatro trazos interiores, tres de ellos paralelos. También paralelo al signo de \underline{N} (\mathcal{N}) corre otro trazo, mientras que en \underline{U} (\mathcal{U}) el hasta vertical aparece asimismo reiterada. Como posible y además sólo remota forma relacionada apenas nos viene a la cabeza un \underline{TeNTiU} recientemente presentado por Martín Almagro (2003: 371).

El segundo texto quedaría, por tanto, así:

$\underline{UNTiCoTe}$
 $\underline{_CoLCi}$
 \underline{TeNUN}

Nota de los editores: para la edición de este anexo se ha utilizado la fuente ALPHABETUM unicode para idiomas antiguos, diseñada por Juan-José Marcos.

Bibliografía

ABAD, L., SALA, F.:
 1993. *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 90, Valencia.

ALMAGRO, M.:

1982. “Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos”, *Homenaje a C. Fernández Chacarro*, I, Madrid, 249-258.

ALMAGRO, M. [con la colaboración de M. Molina Matos, J.M. Galán, L.A. Ruiz Cabrero, C. Blasco Bosqued]:
 2003. *Epigrafía Prerromana*, Madrid.

APPADURAI, A.:

1986. “Introduction: commodities and the politics of value”, en A. APPADURAI (ed.), *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge University Press, 3-63.

ARANEGUI, C.:

2004a. “Casas, despensas y almacenes en la arquitectura ibérica. Siglos III-II a.C.”, en S. AUGUSTA-BOULAROT, X. LAFON (dirs.): *Des Ibères aux Vénètes. Phénomènes proto-urbains et urbains, de l'Espagne à l'Italie du Nord (IVe-IIe s. av. J.-C.)*, (Roma, 10-12 de junio de 1999), EFR 328, 113-132.

2004b. *Sagunto, oppidum, emporio y municipio romano*, Bellaterra, Barcelona.

2004c. “A propósito del vaso de los guerreros del Castellar de Oliva (Valencia)”, *Soliferrum*. Studia archaeologica Emeterio Cuadrado Díaz ab amicis, collegis et discipulis dicata, Murcia 17-18, (2001-2002), 229-238.

ARANEGUI, C., JODIN, A., LLOBREGAT, E., ROUILLARD, P. UROZ, J.:

1993. *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante*, CCV 41, Madrid-Alicante.

ASHCROFT, B., GRIFFITHS, G., TIFFIN, H.:

1998. *Key Concepts in Post-Colonial Studies*, Londres y Nueva York.

AUBET, M. E.:

1990. “El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción”, *Cuadernos Emeritenses*, 2, 29-44.

1994. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.

AUBET, M. E., BARCELÓ, J.A., DELGADO, A.:

1996. “Kinship, gender and exchange: the origins of Tartessian Aristocracy”, A. M. BIETTI SESTIERI, V. KRUTA (eds.): *The Iron Age in Europe*, 145-169.

BADIE, A., GAILLEDROT, E., NORET, P., ROUILLARD, P., SÁNCHEZ, M. J., SILLIÈRES, P.:

2000. *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante)*, Madrid.

BEA, D., DILOLI, J., VILASECA, A.:

2002. “El Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Terra Alta). Un recinte singular de la primera edat del ferro al curs inferior de l'Ebre”, *I Jornades d'Arqueologia: Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Il·lucavònia*, 3, 75-87.

- BHABHA, H.:
1994. *The Location of Culture*, Londres.
- BLANCO, A.:
1963. "El Ajuar de una tumba de Cástulo", *AEspA* XXXVI, 43-56.
- BONET, H.:
1995. *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.
- BONET, H., GARIBO, J., GUÉRIN, P., MATA, C., VALOR, J. P., VIVES-FERRÁNDIZ, J.:
2004. "Las ánforas importadas de las comarcas centrales del País Valenciano", en J. SANMRTÍ, D. UGOLINI, J. RAMON i D. ASENSIO (eds.): *La circulació d'àmfores al Mediterrani occidental durant la Protohistòria (segles VIII-III aC): aspectes quantitativus i anàlisi de continguts*, Arqueo Mediterrània 8, 203-227.
- BOURDIEU, P.:
1980. *Le sens pratique*, París.
1994. *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, París.
- BRAUDEL, F. (dir.):
1986. *La Méditerranée: les hommes et l'héritage*, Flammarion, París.
- BRUN, P.:
1987. *Princes et princesses de la Celtique: le premier Âge du Fer en Europe, 850-450 av. J.-C.*, Errance, París.
- CLAUSELL, G.:
2002. *Excavacions i objectes arqueològics del Torrelló d'Almassora (Castelló)*, Museu Municipal d'Almassora.
- CUNLIFFE, B.:
1993. "Centre-Periphery relationships: Iberia and the Mediterranean", en P. BILD, T. ENGERB-PEDERSEN, L. HANNESTAD, J. ZAHLE, K. RANSBOTRK (eds.): *Centre and Periphery in Hellenistic World*, Aarhus, Londres, 1993, 53-85.
- CUSICK, J. G.:
1998. "Historiography of Acculturation: An Evaluation of Concepts and Their application in Archaeology", en J. G. CUSICK (ed.): *Studies in Culture Contact. Interaction, Culture Change, and Archaeology*, Southern Illinois University, Carbondale, 126-145.
- DIETLER, M.:
1995. "The cup of Gyptis: rethinking the colonial encounter in early-Iron-Age western Europe and the relevance of world-systems models", *Journal of European Archaeology*, 3, 2, 89-111.
1998. "Consumption, agency and cultural entanglement: theoretical implications of a Mediterranean colonial encounter", J. G. CUSICK (ed.): *Studies in Culture Contact. Interaction, Culture Change, and Archaeology*, Southern Illinois University, Carbondale, 288-315.
- DIRKS, N. B.:
1992. "Introduction", N. B. DIRKS (ed.): *Colonialism and Culture*, University of Michigan Press, 1-25.
- ESTEVE, F.:
1999. *Recerques arqueològiques a la Ribera Baixa de l'Ebre (Montsià-Baix Ebre)*, vol. II, Amposta.
- FARNIÉ, C., QUESADA, F.:
2005. *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 2, Murcia.
- FLETCHER, D.:
1960. *Problemas de la Cultura Ibérica*, Valencia.
- FRANKENSTEIN, S.:
1997. *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*, Barcelona.
- GARCÍA GANDÍA, J. R.:
2003. "La tumba 17 de la necrópolis de Les Casetes (Villajoyosa, Alicante)", *Saguntum* 35, 219-228.
- GARCÍA GANDÍA, J. R., PADRÓ, J.:
2002-2003. "Una cantimplora de fayenza egipcia procedente de la necrópolis de Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)", *Pyrenae*, 33-34, 347-364.
- GARCIA I RUBERT, D., GRACIA, F.:
2002. "El jaciment preibèric de Sant Jaume-Mas d'en Serrà (Alcanar, Montsià). Campanyes d'excavació 1997-2001", *I Jornades d'Arqueologia: Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Il·lustracions*, 3, 37-50.
- GODELIER, M.:
1996. *L'énigme du don*, París, Fayard.
- GÓMEZ BELLARD, C., GUÉRIN, P.:
1994. "Testimonios de producción vinícola arcaica en l'Alt de Benimaquía (Denia)", *Huelva Arqueológica*, XIII, 2, 9-31.
- GONZÁLEZ PRATS, A.:
1982. "La Peña Negra IV. Excavaciones en el sector VII de la ciudad orientalizante 1980-1981", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, 306-418.
1983. *Estudio Arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente*, Alicante.
1985. "La Peña Negra II-III. Campañas de 1978 y 1979", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 21, 9-155.
1992a. "El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península Ibérica", en

- M. ALMAGRO GORBEA y G. RUIZ ZAPAERO (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum 2-3, 137-150.
- 1992b. "Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente, Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 49, 243-257.
1998. "La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97", *Rivista di Studi Fenici*, XXVI (2), 191-228.
- GONZÁLEZ PRATS, A., RUIZ-GÁLVEZ, M.:
1989. "La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente europeo", *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, 367-376.
- GOSDEN, C.
2001. "Postcolonial Archaeology. Issues of Culture, Identity, and Knowledge", I. HODDER (ed.): *Archaeological theory today*, Cambridge, 241-261.
2004. *Archaeology and Colonialism. Cultural contact from 5000 BC to the present*, Cambridge University Press.
- GRACIA, F., MUNILLA, G.
1993. "Estructuración cronocupacional del poblamiento ibérico en las comarcas del Ebro", *Laietània*, 8, 209-256.
- HOBBSAWM, E., RANGER, T.:
1983. *The Invention of Tradition*, Cambridge.
- JONES, S.
1997. *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*, Londres y Nueva York.
- LÁZARO, A., MESADO, N., ARANEGUI, C., FLETCHEr, D.:
1981. *Materiales de la necrópolis ibérica de Orley (Vall d'Uxó, Castellón)*, Serie de TV del SIP, 70, Valencia.
- LEVI, G.:
1985. *L'eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del seicento*, Turín, Einaudi.
- LÓPEZ BRAVO, F.:
2001. "Propuesta tipológica para urnas de cierre hermético con apéndices perforados del norte de Castellón y sur de Tarragona", *Saguntum*, 33, 49-64.
- LÓPEZ SEGUÍ, E.:
1997. "El alfar ibérico, La Illeta dels Banyets (Campello, Alicante)". *Estudios sobre la Edad del Bronce y época ibérica*, Alicante, 221-250.
- LULL, V.
2005. "Marx, producción, sociedad y arqueología", *Trabajos de Prehistoria*, 62, 7-26.
- MAALOUF, A.
1998. *Les Identités meurtrières*, Grasset.
- MALUQUER, J.:
1983. *El poblado paleoibérico de La Ferradura, Uldecona (Tarragona)*, Programa de Investigaciones Protohistóricas, VII, Barcelona.
- MARTÍ, M^a A.:
1998. *El área territorial de Arse Saguntum en época ibérica*, Valencia.
- MASCORT, M. T., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J.:
1991. *El jaciment protohistòric d'Aldovesta i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.
- MATA, C.
1991. *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la Cultura Ibérica*, Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 88, Valencia.
- MONRAVAL, M.:
1992. *La necrópolis ibérica de el Molar (San Fulgencio-Guardamar del Segura, Alicante)*, Catálogo de fondos del museo, V, Diputación provincial, Alicante.
- MONRAVAL, M., LÓPEZ PIÑOL, M.:
1984. "Restos de un silicernio en la necrópolis ibérica del Molar", *Saguntum*, 18, 145-162.
- NEGUERUELA, I.:
1990. Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna, Ministerio de Cultura, Madrid.
- OLIVER, A., GUSI, F.:
1995. El Puig de la Nau. Un hábitat fortificado ibérico en el ámbito mediterráneo peninsular, Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques 4, Castellón.
- PANOSA, M^a I.:
1999. *La escritura ibérica en Cataluña y su contexto socioeconómico (siglos V-I a.C.)*, Vitoria.
- QUESADA, F.:
1997. *El armamento ibérico. Estudio tipológico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum, 2 vols, Éditions Monique Mergoïl, Montagnac.
- RAFEL, N.:
1991. *La necrópolis del Coll del Moro de Gandesa. Els materials*, Tarragona.
- ROUILLARD, P.:
1982. "Les fortifications préromaines dans l'aire ibérique", *La Fortification dans l'Histoire du monde Grec*, CNRS, Col. Int. 614, París, 213-217.

- ROWLANDS, M.:
1987. "Centre and periphery: a review of the concept", en M. ROWLANDS, M. LARSEN y K. KRISTIANSEN (eds.): *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press, 1-11.
1998. "The Archaeology of Colonialism", en K. KRISTIANSEN y M. ROWLANDS (eds.): *Social Transformations in Archaeology. Global and Local Perspectives*, Londres y Nueva York, 327-333.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.:
1998. *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Barcelona.
- SAID, E. W.
2003. *Orientalismo*, De Bolsillo, Barcelona.
- SALA, F.:
2004. "La influencia del mundo fenicio y púnico en las sociedades autóctonas del sureste peninsular", *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio púnico en las sociedades autóctonas de Occidente, XVIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 57-102.
- SANMARTÍ, E.:
1991. "Una carta comercial hallada en Emporion", en C. ARANEGUI (coord.): *Saguntum y el mar*, Generalitat Valenciana, Valencia, 16-18.
- SANMARTÍ, J.
2004. "From local groups to early states: the development of complexity in protohistoric Catalonia", *Pyrenae*, 35 (1), 7-41.
- SANMARTÍ, J., BELARTE, C., SANTACANA, J., ASENSIO, D., NOGUERA, J.:
2000. *L'assentament del bronze final i primera edat del ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)*, Arqueo Mediterrània 5, Barcelona.
- SANTIAGO, R. A., SANMARTÍ, E.
1988. "Notes additionnelles sur la lettre sur plomb d'Emporion", *ZPE*, 72, 100-102.
- SHANKS, M.:
2001 "Culture/Archaeology. The dispersion of a discipline and its objects", en I. HODDER (ed.): *Archaeological theory today*, Cambridge, 284-305.
- SILES, J.:
1985. *Léxico de Inscripciones Ibéricas*, Madrid.
- STEIN, G. J.:
1999. *Rethinking World-Systems. Diasporas, colonies, and Interaction in Uruk Mesopotamia*, University of Arizona Press.
- STOLER, A. L.:
1989. "Rethinking Colonial Categories: European Communities and the Boundaries of Rule", *Comparative Studies in Society and History*, 31, 134-161.
- THOMAS, N.:
1991. *Entangled Objects. Exchange, Material Culture, and Colonialism in the Pacific*, Harvard University Press.
- VAN DOMMELEN, P.:
1997. "Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean", en C. GOSDEN (ed.): *Culture contact and colonialism*, *World Archaeology* 28 (3), 305-323.
1998. *On colonial grounds. A comparative study of colonialism and rural settlement in first millennium BC west central Sardinia*, Leiden.
2000. "Momenti coloniali. Cultura materiale e categorie coloniali nell'archeologia classica", en N. TERRENATO (ed.): *Archeologia Teorica*, Florencia, 293-310.
2006. "The orientaling phenomenon: hybridity and material culture in the western Mediterranean", en C. RIVA y N. VELLA (eds.): *Debating orientalization. Multidisciplinary approaches to processes of change in the ancient Mediterranean*, *Monographs in Mediterranean Archaeology* 10, Londres.
- VELAZA, J.
2002. "Ibérico -te", *Palaeohispanica*, 2, 271-5.
- VIVES-FERRÁNDIZ, J.:
2005. *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 12, Barcelona.
- WOLF, E. R.:
1987. *Europa y la gente sin historia*, México.
1999. *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*, University of California Press.

